



Desde

8

años

PLANETA

AZUL

NICOLASA LAGARTIJA

RAFAEL ESCALONA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© 2008, Rafael Escalona

© 2018, por las ilustraciones de cubierta e interior: Rafael Escalona

© 2018, Carolina Escalona y Astrid Escalona

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6894-5

ISBN 10: 958-42-6894-5

Primera impresión: abril de 2018

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

RAFAEL CALIXTO ESCALONA MARTÍNEZ

(Patillal, Cesar, 26 de mayo de 1927- Bogotá, 13 de mayo de 2009) conocido como “El maestro Escalona”, fue un compositor colombiano, considerado uno de los más grandes de la música vallenata. Fue el séptimo de nueve hermanos, hijos de Clemente Escalona Labarces, coronel de la Guerra de los Mil Días, y Margarita Martínez Celedón.

Pasó su infancia en la población de Patillal, entonces parte del Magdalena Grande. Fue allí donde empezó a escuchar las historias de los amigos de su padre, veteranos de la Guerra de los Mil días, habladas en el dialecto local, un castellano del siglo XVII enriquecido, entre la cotidianidad y eventos fantásticos pueblerinos, y las historias de los juglares vallenatos como Francisco el Hombre.

Compuso la primera canción, *El profe Castañeda*, en febrero de 1943, cuando tenía 15 años, dedicada a Humberto Castañeda, un profesor al que quería mucho porque era brillante y carismático.

Le siguieron más de cien composiciones, entre las que se destacan *El Testamento*, *Elegía a Jaime Molina*, *Honda herida*, *La creciente del Cesar*, *La custodia de Badillo*, *El mejor*, *La vieja Sara*, *El arco iris* y *La Patillalera*, entre

muchas otras, en las que se puede reconstruir su vida y también la historia del Magdalena Grande, compuesto por los departamentos de Magdalena, Cesar y la Guajira. Estos aportes del maestro Escalona han convertido a la música vallenata en uno de los grandes símbolos culturales de Colombia.



NICOLASA LAGARTIJA

Ese era el nombre de esa lagartija. Yo no la bauticé así, pero así le decía, así la puse y así se quedó: ¡Nicolasa Lagartija! La quería mucho porque era muy inquieta y cariñosa; eso me hacía recordar a ciertas mujeres, también muy inquietas y cariñosas, y por eso mismo la quería mucho, por inquieta y cariñosa.

La encontré un día escarbando y haciendo su cueva debajo de una mata de jazmín que había en el patio de la casa de mi finca. La arena húmeda que iba

sacando, se la tiraba encima del espinazo como si estuviera bañándose; eso le impidió verme y por eso la cogí mansita. Entonces la acaricié tierna, suavemente y le dije:

—Tranquila niña, voy a quererte mucho, tú eres muy dulce, eres muy bonita, hasta hoy no había visto otra como tú. Vas a ver cómo seremos de buenos amigos, yo haré todo lo posible para que así sea.

Después pasaron los días y me encariñé bastante con ella. Entonces seguía hablándole:

—Mira, Nicolasa, te agarré porque según la ley de los hombres tengo derecho, derecho para hacerlo. ¿Por qué no me

agarraste tú? Claro, porque yo soy muy feo y quizás no te fijabas en mí: pero a los feos sí que nos gusta perseguir a las bonitas; por eso ahora estás conmigo. Yo sabía que siempre te bañabas debajo del jazmín. Ya te había visto muchas veces. Y me quedaba mirándote hasta cuando tú me torcías los ojos y te ibas corriendo. Te agarré en esta ocasión y voy a quererte mucho. Ya lo verás, lo vas a ver. Dime lo que deseas, todo lo que te gusta y lo tendrás. Yo para ti seré un Aladino, el príncipe de las leyendas de *Las mil y una noches*. Puedes pedirme lo que quieras, lo que se te antoje. Puedes pedirme las cosas más lindas que escondieron los faraones en las Pirámides de Egipto. Puedes pedirme cualesquiera de las

maravillas del mundo que yo, si puedo con ellas, aquí las tendrás; eso sí, lo único que no puedes pedirme y que no quiero darte, es un vestido nuevo.

Nicolasa Lagartija se torció, meneó la cola, me miró de reojo, de arriba abajo, como preguntándome sin hablar:

—¿Y por qué?

Entonces le contesté, también sin hablar:

—Porque el que tienes es muy lindo. ¡A mí y a todo el mundo nos gusta mucho el que llevas puesto! Te pareces a una gitana finlandesa y, además, si no se ensucia nunca, ¿para qué te lo vas a cambiar? Tú no eres coqueta, conque te bañes todos los días es suficiente. Yo te pasearé por el jardín donde te conocí y te

sacaré en las noches de rocío cuando salga la luna y la gente salga a mirar las estrellas que brillan en el firmamento y los novios también salgan a cumplir sus promesas de amor.

Nicolasa, mi lagartija, tenía un traje como el de los cuentos de hadas, que les daba envidia a las mariposas, a las aves del paraíso, al arco iris, a las golondrinas y a las nubes rosadas y a la espuma del mar. El vestido de Nicolasa era de franjas amarillas, verdes, moradas y de otros colores, como los de las nubes cuando en el cielo cuando no hay tempestad ni relámpagos ni truenos y todo es alegría.

Pero cuando Nicolasa caminaba era como una tempestad y eso nos gustaba